

Molinos de viento Barcelona, noviembre 2005

Después de superar dos inicios de desasosiego y una tentación de dejarlo para otro día, llegamos a Siurana, un pueblito muy particular de la comarca del Priorat, en Catalunya. Desde Barcelona hay que recorrer 150 kilómetros, los más largos de los cuales son curvas sucesivas e inacabables, que en un momento adquieren la tercera dimensión y comienzan a escalar. El coche en el que viajaba era un Opel Corsa negro, que acababa de indicar su cuarto y último (ahora lo sé) lustro, y que fue el responsable de algún repentino rapto de fe, y de que llegara a salvo a la altura de 737 metros.

Siurana se debate entre la notoriedad y la discreción. El único camino termina en una explanada de roca, inevitablemente transformada en un parking, donde hay que dejar el coche y bajar a por más. El conformismo no es una opción, después de un camino tan arduo. Al pueblo hay que entrar andando, y después de descifrar el único cartel indicador, que señala las rutas de escalada, su clasificación y riesgos. No era esto lo que buscábamos, y dedujimos que nuestro camino era el otro. Ciento cincuenta metros más adelante, un puente levadizo minúsculo pero significativo, hacía de puerta del pueblo.

Piedras. Las casas, las calles, el tiempo, el paisaje lejano; todo lo que vimos en Siurana estaba hecho de piedra. Para mí, que fui criado con el cine, era una escenografía impecable; para mí, que vengo de un país sin apenas historia, era el asombro de caminar calles que pisaron muchos de quienes la hicieron, cuando los años tenían tres cifras. Y mucho antes: en el pueblo fue descubierto un taller donde se trabajaba el sílex, hachas y puntas de flecha, y el bronce.

No hay mucho que caminar, en realidad, todo está, o sucede en un espacio menor que el que ocupa la Plaza Irlanda. Las calles, que no pasan de la decena, tienen nombres como capricho o como pequeños homenajes de los vecinos, y una de ellas se prolonga hacia lo que parece el vacío. Si uno sigue ese rumbo, se encuentra con un mirador natural, desde el que descubre otro, unos pasos más allá, al llegar al cual puede ver uno, aún más cerca del abismo, ya entonces una certeza. Tal vez haya alguno más; desde donde terminó nuestro espíritu explorador se puede ver, antes de la cadena del Montsant extendida, el Pantano

fernandoblasco.com

de Siurana: no aguas cenagosas sino la reserva de agua de a región, que exponía penosamente su escasez. Es un año de sequía en la península ibérica.

Al regresar, una sensación de regalo: en la soledad de de una calle medieval, de la ventana abierta de una casa hecha de piedra y montaña, un cello y un humano bailaban quietos, en música. A veces tropezaban y volvían a comenzar. A veces no se entendían, y retomaban la danza desde un par de compases atrás. Eran verdad. ¡Y tan pocas son las ocasiones que uno tiene de observar verdad..!

Merecía la pena llevarse un recuerdo, y de un lugar se sensaciones, no está del todo mal llevarse una. Por ahí dicen que es el mejor del mundo y, más allá de los sentimientos territoriales que no son ajenos a la afirmación, el aceite de oliva de Suirana es delicioso. Ya puestos, de cualquier pueblo de la zona, Porrera por ejemplo, un par de botellas de vino Priorat, que también tiene fama más allá de las montañas. Una, será a la salud de ustedes.